

quilan, la indiferencia que todo lo consume, y la afeminación que enerva el valor y debilita la fuerza: el primero es un pueblo en el mas alto grado de prosperidad y esplendor, el segundo en la mas miserable decadencia..... ¡Cuán inmensa distancia existe entre los dos!

III.

En la parte mas occidental de Toledo, sobre un empinado cerro cuya falda lame el cristalino Tajo, se eleva el magnífico palacio del último rey goda. D. Rodrigo habia construido un verdadero templo al amor y al deleite. Desde sus miradores se descubria el lindo panorama que presentaba el rio, culebra bullidora que se deslizaba entre huertas de verdura y árboles floridos. En una tarde de estío, el monarca asomado á uno de sus miradores, tenía clavada la vista en la célebre basílica de Santa Leocadia, que tan gloriosos recuerdos encierra. Absorto la contemplaba D. Rodrigo, cuando llamó su atención una jóven de estremada hermosura, que con otras de su edad, se bañaba en el Tajo. Las ideas huyeron de la mente del voluptuoso rey, que solo tenia en aquel instante ojos para admirar la belleza de la jóven. Sintió nacer en su corazón un amor tan impetuoso como repentino, y al separarse de su mirador solo un pensamiento bullia en su cerebro « ser dueño de aquella hermosura »: pensamiento, que de grado ó por fuerza se habia de cumplir, pues era nada menos que un rey el que le tuviera, y un rey tan caprichoso como D. Rodrigo.

La jóven, que sin saberlo, habia causado tal impresión, era una dama de la reina Egilona, llamada Florinda, mas conocida por la Cava, hija del poderoso conde D. Julian, gobernador de la Andalucía.

Ni lo elevado del nacimiento, ni las fatales consecuencias ulteriores, pudieron detener al enamorado Rodrigo, cuya pasión se aumentaba cuantos mas obstáculos veía.

Una tarde, por una florida alameda á orillas del Tajo, se paseaba sola y meditabunda la hermosa Florinda. D. Rodrigo, que hacía tiempo espiaba sus pasos, se aproximó sonriendo: pero en vano las palabras mas dulces y amorosas salieron de sus régios labios, en vano hizo mil protestas de amor y fidelidad; la virtuosa jóven no se dejó vencer: mudó de sistema el apasionado monarca, llegaron las amenazas y los fueros..... Florinda despreció su furor, y se retiró de aquel sitio. Esta resistencia exasperó mas al rey, que no descansó hasta lograr por la fuerza, lo que por la pureza de alma de su víctima le habia sido imposible conseguir. Satisfizo sus impuros deseos, y la deshonrada Florinda, escribió á su

padre la traición del rey, en una carta en que las lágrimas hacían veces de tinta. Atónito Don Julian á la vista del escrito, arregla los negocios de su gobierno, y vuela á la corte á pedir satisfacción de su honor mancillado: pero la vista del monarca apagó su energía, y pretendió vengarse á traición, del que tan públicamente le habia ultrajado. Sin dejar concebir ninguna sospecha, llevóse á su hija de la corte, y abandonó á Toledo; mas no sin arreglar secretamente su traición con el Arzobispo D. Oppas, hermano de Witiza. D. Julian regresó á la Andalucía, y soñando continuamente en esterminar su nación entera, por una venganza personal, se unió á Eva y Sisibuto, hijos de Witiza, que huyendo del furor de D. Rodrigo, se habian refugiado en la Mauritania. El trono tan débil y vacilante por los crímenes é impiedad de los monarcas, no pudo resistir á los golpes de sus mismos vasallos y cayó hecho pedazos.

IV.

En el palacio real las fiestas y los saraos se sucedían unos á otros. La nobleza goda pervertida, solo pensaba en diversiones.

Alejado por unos momentos del bullicio del festin, D. Rodrigo hablaba con un jóven, que miraba con desprecio aquellos placeres, y cuyo rostro tostado por los rayos del sol, señalaba á uno de los pocos varones aguerridos que sentían correr aún por sus venas verdadera sangre goda. Aquel jóven se llamaba Pelayo, capitán de la guarda del rey, su primo, como nieto que era de Chindasvinto, y hacia muy poco que llamado por D. Rodrigo, abandonó el destierro, donde le habia llevado la crueldad de Witiza.

—Si, Pelayo, decía el rey, la verdadera vida es la que se pasa entre el perfumado ambiente de los festines, donde las mas lindas jóvenes te brindan amor y felicidad.

—No estamos conformes: guárdense esos aromas para las delicadas mugeres, cuya debilidad las hace inútiles para las fatigas de la guerra: pero el hombre, acuérdesese de que es hombre, y vuela á combatir cuando el deber y la patria le llamen.

—¡Mi bravo oso de Asturias, yo te domesticaré! Cuando aspire la dulzura que encierra este género de vida, perderás esa rudeza de tu pais montañoso, y en vez del pesado mandoble que cuelga de tu cintura, verdadero anacronismo en estos salones, usarás la daga de puño de oro y hoja de plata.

—¡No permita Dios poderoso, que tal suceda! Siga en buen hora toda tu corte ese ejemplo: pero al menos permítenos conservar nuestro valor y